

## Castelao y su lapsus linguae

A José Manuel Castelao Bragaña le conozco bien. Participamos juntos en diversas reuniones del CGEE, y en otros tantos encuentros del PP en Galicia. Es un abogado brillante, astuto y con una agilidad mental fuera de lo normal.

Quizá hayan sido esas cualidades las que le traicionaron y le hicieron proferir unas malditas palabras que no son y nunca fueron suyas.

Profundo conocedor de los meandros jurídicos y de los recursos dialécticos propios de aquellos que se utilizan de dichos ajenos para disculpar eventuales faltas en sus acciones, José Manuel, en un lapsus linguae, lanzó mano de un decir conocido de aquellos que militan por las cortes de justicia, empleándolo de forma totalmente inadecuada e infeliz.

Insisto: No fueron palabras suyas, y estoy seguro que fue su agilidad mental quien le traicionó, pero el mal ya estaba hecho.

Castelo se dio cuenta de su engaño, y tomó la actitud que debía: arrepentido de haberse pronunciado de aquella manera, pidió disculpas, o mejor dicho, perdón, llegando incluso a decir que sería merecedor de alguna penitencia si eso fuera posible.

Como si fuese poco, algunas horas después, percibiendo las extensas e infelices consecuencias de su comentario, se autoinmoló renunciando al puesto para el cual había sido escogido por la inmensa mayoría de sus pares del CGCEE.

¿Se le podía pedir más? Seguramente que no. El error que cometió él, solo lo hacen los hombres que ocupan grandes puestos, y, pese a la gravedad de su acción, el arrepentimiento y las disculpas deberían echarle tierra a tal despiste.

No fue así. Como los grandes árboles que caen bajo una torrencial tormenta, el gigante José Manuel Castelao Bragaña, incansable defensor de la emigración española, y autor intelectual de algunos de los mecanismos de defensa de la ciudadanía en el exterior, cayó como un gigante que siempre fue.

Ahora los oportunistas políticos de turno quieren hacer leña de sus restos para la necesidad de calentar sus instintos perversos de alimentarse de la carroña de la infamia. No es justo ni digno. No se le puede rehusar el perdón a quien lo pide, ni tan poco se puede dejar de reconocer la renuncia de quien se propuso a sacrificarlo todo con coraje y valentía.

Tuve un amigo que decía que todo hombre público en treinta segundos al día, todos los días, comete alguna torpeza verbal. Todo depende de en qué lugar y con quién. A José Manuel le tocaron sus treinta segundos de torpeza diaria, en el lugar equivocado y delante de los asistentes inadecuados.

Estoy convencido de que, reconociendo su falta, José Manuel Castelao, hizo lo correcto, y que a todos nos sirva el ejemplo. "Mentis acies nonnumquam hebescit".

Dionisio Sola

São Paulo - Brasil